



# Europa y la gente sin historia

**ERIC R. WOLF**



ERIC ROBERT WOLF (Viena, 1922-Nueva York, 1999) fue una de las figuras más relevantes para el desarrollo de la antropología en México. Durante sus numerosas visitas a este país realizó estudios sobre la cultura mesoamericana y el campesinado mexicano que luego publicaría en libros como *The Valley of México. Studies in Prehispanic Ecology and Society* (1972). Fue profesor de las universidades de Illinois, Virginia, Yale, Chicago y Michigan. Entre sus obras también sobresalen *Pueblos y culturas de Mesoamérica* (1967), *Guerras campesinas en el siglo xx* (1972) y *Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis* (1999).

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

---

EUROPA Y LA GENTE SIN HISTORIA

ERIC R. WOLF

# EUROPA Y LA GENTE SIN HISTORIA

*Traducción de*  
AGUSTÍN BÁRCENAS

*Traducción del prefacio (1997)*  
HORACIO PONS

*Traducción del prefacio (2010)*  
BRUNO ISAAC FRANCO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1982  
Primera edición en español, 1987  
Segunda edición, 2005  
Tercera edición, 2022  
[Primera edición en libro electrónico, 2022]

© 2010, The Regents of the University of California, Berkeley  
Publicado por acuerdo con University of California Press  
Título original: *Europe and the People Without History*

D. R. © 1987, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio,  
sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

**ISBN** 978-607-16-7529-3 (ePub)  
**ISBN** 978-607-16-7487-6 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

*A Sydel*

## SUMARIO

*Prefacio a la edición de 2010*

*Prefacio (1997)*

*Prefacio (1982)*

### *Primera parte*

#### CONEXIONES

*I. Introducción*

*II. El mundo en 1400*

*III. Modos de producción*

*IV. Europa, preludio a la expansión*

### *Segunda parte*

#### EN BUSCA DE LA RIQUEZA

*V. Los iberos en América*

*VI. El tráfico de pieles*

*VII. El tráfico de esclavos*

*VIII. El comercio y la conquista en el oriente*

### *Tercera parte*

#### CAPITALISMO

*IX. La Revolución industrial*

*X. Crisis y diferenciación en el capitalismo*

*XI. El movimiento de mercancías*  
*XII. Los nuevos trabajadores*

*Palabras finales*

*Notas bibliográficas*

*Bibliografía*

*Índice analítico*

*Índice general*

## PREFACIO A LA EDICIÓN DE 2010

### UN LIBRO PARA EL SIGLO XXI

Bien podría argumentarse que *Europa y la gente sin historia* del difunto Eric Wolf es hoy aún más relevante de lo que fue cuando se escribió. En este todavía vigente estudio de antropología global comparativa, Wolf analiza no sólo las dinámicas de la cultura y la identidad, sino también las relaciones de poder y los procesos económicos, además muestra cómo los antropólogos pueden aprender de la historia global y el motivo por el cual los historiadores deben interesarse en los métodos y perspectivas de la antropología. En 1982, cuando se publicó por primera vez, no existía un trabajo comparable en ninguna otra disciplina académica. Años antes de que el concepto se volviera un lugar común, Wolf demostró la importancia del trabajo de campo antropológico en sitios múltiples, argumentando de manera persuasiva que incluso los procesos globales deben estudiarse en sus contextos locales.

Wolf permanece como uno de los pocos antropólogos que han descrito, con un lenguaje reconociblemente antropológico, los procesos históricos que condujeron a la creación del mundo moderno. En este libro, Wolf aplica el sesgo profesional del antropólogo a la historia del colonialismo, es decir, favorece la perspectiva del miembro de la comunidad y la importancia de la escala local para comprender la escala global. A diferencia de los historiadores del colonialismo, sin importar sus alianzas teóricas o ideológicas, Wolf tuvo un agudo interés en las organizaciones de parentesco y en las cosmovisiones y

estructuras políticas indígenas, y mezcló esta perspectiva antropológica con una infusión de economía política y macro-historia. Al tomar en cuenta la transición del modo tributario de producción al capitalismo, Wolf demuestra su alianza con las perspectivas marxistas en torno a las innovaciones tecnológicas y cambios en las relaciones de producción; posteriormente procede a señalar por qué estos factores deben comprenderse en los contextos de sistemas de parentesco y de culturas locales. Sus análisis, frecuentemente mediados por la ideología y las relaciones de propiedad, tienden a gravitar hacia la intersección entre cultura y poder.

Al cambiar el enfoque de los procesos globales de sus propiedades formales a su enraizamiento en circunstancias locales, Wolf indica maneras en las cuales etnografías locales pueden estudiarse desde una perspectiva histórica, no sólo en la tradición del particularismo histórico de Franz Boas, sino también en el contexto de la historia global del capitalismo, la expansión colonial y el crecimiento del Estado. Wolf muestra cómo el mundo estuvo a punto de convertirse en un solo lugar durante el apogeo del colonialismo, cómo los destinos humanos se entretejieron lentamente de manera más intrincada, cómo crecieron discrepancias de poder globales —en un principio modestas— y cómo la hegemonía europea, o del Atlántico norte, eventualmente se convertiría en una característica determinante del mundo humano. Al descartar el nacionalismo metodológico, tanto en el sentido literal como en el sentido antropológico clásico de estudiar grupos humanos nombrados con identidades compartidas, historias continuas y fronteras claras, Wolf adoptó una aproximación que privilegia conexiones sobre sistemas cerrados, movilidad sobre estabilidad, impureza sobre pureza. No sólo rechaza la nación-Estado como unidad de análisis natural, sino que trata a los “pueblos”—grupos étnicos o tribus— como sistemas dinámicos, con fronteras borrosas,

inherentemente susceptibles al cambio. Por lo tanto, a diferencia de muchos antropólogos clásicos que escriben sobre las Américas, Wolf no considera los modos de vida contemporáneos entre los amerindios como vestigios de la era precolombina, sino como el resultado de siglos de contacto directo e indirecto. Tal como lo muestra esta obra, el mundo es un lugar en el cual las identidades y culturas nunca permanecen fijas, en donde el cambio sistemático que resuena en él asegura que “un hombre nunca puede entrar al mismo río dos veces”, donde las personas reconstruyen eternamente su barco en altamar mientras se esfuerzan por ganarse la vida.

Cabe señalar que la perspectiva de Wolf no es la del “tercermundismo”; a pesar de que no relativiza la pobreza o la opresión, tampoco utiliza conceptos occidentales de desarrollo como puntos de referencia en el estudio de los logros de “el resto”. Por lo tanto, a pesar de estar familiarizado con ellos, el análisis de Wolf es cualitativamente distinto a los estudios de académicos como Immanuel Wallerstein y André Gunder Frank. Los mundos locales, como aparecen en este libro, son irreduciblemente “glocales”: están marcados y a veces dominados por procesos económicos transnacionales, pero se adaptan de maneras flexibles: retienen, adoptan y transforman rasgos culturales a medida que avanza el tiempo.

## II

La contribución de Wolf a la antropología histórica global ha sido ampliamente reconocida. Sin embargo, su trabajo también fue innovador en otros aspectos. En particular, su perspectiva dinámica y sistémica de las culturas como entidades ilimitadas en constante cambio —la cual tendría un enorme impacto en la antropología cultural algunos años

después— constituyó una crítica al concepto clásico de *cultura* propuesto por Boas. No obstante, mientras que los críticos posteriores al concepto de *cultura* fueron posestructuralistas y posmodernistas (por ejemplo el grupo “writing culture”, véase Clifford y Marcus, 1986), la revisión radical de Wolf de tal concepto surgió de intereses muy diferentes. Su razonamiento era que, dado que las comunidades siempre han estado conectadas mediante relaciones de poder, política, comunicación y comercio, sus culturas no podían estar más limitadas que sus correspondientes relaciones sociales.

Por consiguiente, los límites sistémicos son siempre relativos en los análisis de Wolf. Ya en la década de 1950 él había hablado sobre las redes en las relaciones de grupo que “se extienden a través de niveles intermedios desde el nivel de la comunidad hasta el nivel de la nación” (Wolf, 1956: 1065). En *Europa y la gente sin historia* traza estas redes de relaciones entre grupos por medio de una sucesión de capas históricas y muestra, despejando cualquier duda, las razones por las que la idea de tribus o comunidades aisladas es absurda.

Tomar en cuenta diversidades internas, fronteras borrosas y transformaciones históricas no equivale a decir que las sociedades o culturas no existen, o que todas están mezcladas de la misma forma. Las fuerzas centrífugas de la modernidad se ven constantemente contrarrestadas por las fuerzas centrípetas de la comunidad, y la necesidad humana de encontrarle sentido al mundo juntos, en colectividad, asegura un cierto grado de cohesión. No obstante, con el análisis de Wolf sobre las múltiples interrelaciones de poder y comunicación como resultado del colonialismo y otras formas de expansión política, explotación y comercio, es simplemente imposible hablar de las sociedades como modernas, no modernas o premodernas o, para el caso, como sociedades estatales o no estatales. En efecto, el estudio anterior de Wolf (1966)

sobre campesinos expuso y descartó de manera efectiva los dualismos superficiales usados en su momento por muchos antropólogos para distinguir tipos de sociedades y culturas. A diferencia de los cultivadores tradicionales, los campesinos se encontraban parcialmente integrados a una sociedad mercantil, una economía monetaria y a un sistema de Estado. No obstante, en contraste con los agricultores modernos en la economía capitalista, los campesinos producían comida para subsistir; en otras palabras, tenían un modo mixto de producción. No eran completamente modernos o premodernos, como la mayoría de nosotros, se podría decir.

En consecuencia, el remplazo del concepto de *límite* por el de *frontera*, tal como aparece en la obra de Wolf, no es una simple herramienta semántica o clasificatoria ni implica un fin político particular. Más bien, se trata de una manera pragmática de hacer descripciones empíricas más precisas y rigurosas.

Tal como sostienen Abbink y Vermeulen (1992: 3) y otros comentaristas, *Europa y la gente sin historia* exige una reconsideración del concepto *cultura*. Una vez más, la postura de Wolf no fue posmodernista o posestructuralista; tampoco estaba principalmente interesado, como otros críticos radicales del concepto clásico de *cultura*, en exponer la dimensión ideológica de la “cultura” conceptualizada como “redes de significado” hiladas por humanos (Geertz, 1973), donde, de hecho, sólo unos cuantos elaboran el tejido, mientras que la mayoría simplemente se enreda en él (Scholte, 1986). Para Wolf, la dimensión ideológica de la cultura era obvia, y las discrepancias de poder arbitradas por cosmovisiones son centrales a su análisis cultural, pero su crítica principal al concepto de *cultura* siguió otras líneas argumentativas. De la misma manera como los sistemas sociales cambiaban —y distintas partes de estos sistemas lo hacían en diferentes velocidades— y se entretejían en distintos niveles,

alcanzado al fin el nivel del lienzo global, las culturas también cambiaban, diversas en su interior, interactuando con el mundo exterior, impugnadas y plagadas de tensiones internas.

Los sistemas sociales y los mundos culturales comparten muchas de las mismas características: son internamente diversos, con límites inexactos; son cambiantes y a menudo desafiados, mantenidos por la reciprocidad y compartiendo también injusticias y discrepancias de poder. Tal como Wolf enfatizaría después al citar a Anthony Wallace (1961), “las relaciones sociales dependen no sólo de la ‘réplica de la uniformidad’, sino de la ‘organización de la diversidad’ a través de la interacción recíproca. La cultura no es un conjunto compartido de valores de contenido cultural” (Wolf, 1999: 66; véase también Hannerz, 1992: 13).

### III

La historia antropológica global de Wolf termina aproximadamente cuando llega a su fin el periodo denominado por Benedict Anderson (2005) como la “globalización temprana”, *la belle époque* del intenso comercio internacional y la migración intercontinental a gran escala. Esta era de aumentada conectividad, la era del veloz barco de vapor, el cable transatlántico y del imperio en el cual el sol nunca se oculta, una época en la que muchos europeos podían viajar libremente sin siquiera un pasaporte, hizo un alto abrupto con la primera Guerra Mundial y fue sucedida por un periodo de fortalecido nacionalismo y, una generación y una guerra más tarde, por la descolonización. El “largo siglo xix” de Eric Hobsbawm abre paso a su “corto siglo xx” en 1917 (Hobsbawm, 1987; 1994). Muchos antropólogos, incluidos Sidney Mintz (1998), Michel-Rolph Trouillot (2003) y el mismo Wolf (2001; véanse

también Abbink y Vermeulen, 1992; Schneider y Rapp, 1995; Krohn-Hansen y Nustad, 2005), han abrevado de la perspectiva global y dinámica de Wolf al escribir sobre eventos e itinerarios de la segunda mitad del siglo xx.

En esta coyuntura histórica parece apropiado preguntarnos cómo las herramientas y métodos que Wolf desarrolla a la perfección en este libro pueden utilizarse para un estudio similar de la era contemporánea —en otras palabras, una historia antropológica del sistema global de los albores del siglo xxi que sea empíricamente rigurosa y no etnocéntrica—.

Como se analiza en este libro, nuestro mundo actual no puede comprenderse de manera independiente a una apreciación de la importancia del colonialismo. Con algunas excepciones, las divisiones territoriales permanecen intactas. Los centros, las periferias y las semiperiferias aún corresponden bastante bien al esquema expuesto en la teoría del mundo-sistema de Immanuel Wallerstein (1974-1979), la cual divide el mundo moderno en un núcleo, una semiperiferia y una periferia.

Es cierto que hay una reestructuración en proceso, especialmente con respecto a China, pero hasta ahora esto no ha afectado las principales divisiones de poder en el mundo. Brasil, Rusia y Sudáfrica permanecen en la semiperiferia desde la perspectiva de la economía política global. Sin embargo, focos de riqueza y crecimiento industrial e informativo han aparecido en diversas áreas del mundo, mayormente gracias a los cambios tecnológicos que han hecho del transporte y la comunicación medios más rápidos, económicos y más confiables.

A pesar de las continuidades con el mundo colonial, hay algo nuevo en la era contemporánea. Si bien éste surgió de, y aún conserva profundas continuidades con, los mundos anteriores de conquista, colonialismo y capitalismo del siglo

xx fundado en la nación-Estado, nuestro mundo actual comenzó en 1991.

En primer lugar, 1991 fue el año en que la Guerra Fría terminó de manera definitiva. Con el desmantelamiento final de la Unión Soviética, el sistema de dos bloques que había definido la posguerra desapareció para nunca volver. El conflicto entre socialismo y capitalismo, el cual constituyó el espacio por antonomasia de las luchas ideológicas del siglo xx, pareció ser remplazado por el sonido triunfante de una mano aplaudiendo. Hacia 1991 también era claro que el *apartheid* iba de salida; Mandela había sido liberado de prisión el año anterior y las negociaciones entre el Partido Nacional y el Congreso Nacional Africano comenzaron formalmente.

En segundo lugar, Yugoslavia comenzó a desmantelarse a sí misma con sorprendente violencia, alimentada por un sentimiento nacionalista que, al menos en Europa, muchos habían relegado a las brumas de la historia. Al mismo tiempo, los nacionalistas indios del Partido Popular Indio se fortalecieron y en diversos lugares la religión politizada surgió con fuerzas renovadas. Sobre todo, la política de identidad del Estado, o de cuerpos similares, no eran algo del pasado. En otras palabras, la apertura y el cierre aún eran características gemelas de la política, pero funcionaban bajo nuevos lineamientos.

En tercer lugar, 1991 fue el año en el cual el internet comenzó a comercializarse para el consumidor común. Ahora, el señor y la señora Smith podían entrar a una tienda y comprar una suscripción a America Online. Esto era novedoso, tan novedoso como los nuevos teléfonos móviles de tamaño de bolsillo que aparecieron de repente alrededor de 1991 y se extendieron a todo el mundo, desde las Islas Mauricio hasta Islandia. La desregulación de mercados había ocurrido en la década anterior, pero apenas comenzaban a sentirse muchos de los efectos de un control estatal

reducido y un mercado menos predecible y manejable, reforzado por nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

El mundo capitalista interconectado es un marco de referencia, o un andamiaje, para casi cualquier cuestionamiento serio sobre las dinámicas sociales y culturales contemporáneas. Sólo es necesario contar el número de vuelos transatlánticos o el número de conexiones telefónicas transpacíficas para darse cuenta de que las redes de interconexión hoy en día son más intensas, rápidas y densas que en cualquier periodo anterior, con repercusiones prácticamente en cualquier lugar (Eriksen, 2007). En China, los mensajes de texto pasaron de ser inexistentes a 18 000 millones por mes en menos de 10 años. No obstante, el crecimiento de barrios urbanos marginales por todo el tercer mundo es también resultado indirecto de la globalización económica (Davis, 2006), y la relativa desconexión al internet en África es significativa (a excepción de Sudáfrica, existen más austriacos que africanos en línea). Este mundo posterior a 1991 es uno de elevadas tensiones y fricciones.

Existen múltiples zonas de tensión en ese mundo. Además de las generales líneas de conflicto trazadas por Wolf —poder contra falta de poder, riqueza contra pobreza, autonomía contra dependencia—, que siguen vigentes, tal vez de manera perpetua, también surgen nuevos conflictos, fricciones y tensiones en la actualidad:

- Globalización contra alterglobalización: el nuevo movimiento social que busca alternativas viables y con base local, opuesta a la doctrina TINA (*"there is no alternative"* [no hay alternativa]).
- Ambientalismo contra desarrollo: una tensión bastante real, aunque poco discutida, en países como China e India. También se da en países ricos.

- Cosmopolitismo contra política de identidad (incluidos la xenofobia y el fundamentalismo religioso): ahora una de las principales dimensiones políticas alrededor del mundo, que a veces llega a suplantar la división de derecha e izquierda.
- Inclusión contra exclusión: muros, físicos y metafóricos, que impiden el libre movimiento de la gente, así como su completa inclusión a una sociedad.
- Uniformidad contra diversidad: modelos compartidos de modernidad articulados por especificidades locales.
- Autonomía cultural contra la búsqueda de aceptación: encontrar el balance, tal como lo expresó alguna vez Lévi-Strauss, entre el contacto y el aislamiento.

Una de las principales preocupaciones en el trabajo de Wolf es la forma en que las relaciones sociales se invisten de discrepancias en el poder político y económico. Abrevando de las teorías sobre el capitalismo y modificándolas para ajustarlas a circunstancias locales cuando es necesario, Wolf demuestra el gran poder transformativo de este, ahora casi universal, sistema de producción, consumo y distribución, así como las transformaciones que sufrieron comunidades locales alrededor del mundo debido al comercio y a la producción industrial posterior.

#### IV

Una antropología global, en el espíritu de Wolf y su *Europa y la gente sin historia*, puede enfrentarse a cualquiera de las tensiones o zonas de conflicto enumeradas anteriormente. Podría también, de manera más grandiosa, tomar como puntos de partida lo que podríamos llamar las tres crisis de la globalización: economía/finanzas, clima/medio ambiente,

cultura/identidad. Por medio del proceso dual de integración y desintegración, creación de riqueza y creación de pobreza, empoderamiento y humillación, el capitalismo global deja contradicciones a su paso. La historia de la globalización contemporánea no es una ingenua saga de desarrollo y progreso, así como tampoco es un simple cuento de neocolonialismo y opresión. Debe narrarse desde una perspectiva local, y, cualquiera que sea su grado de interconexión, las entidades locales siempre son combinaciones únicas de lo viejo y lo nuevo, lo endémico y lo extranjero, de poder e impotencia.

Para concluir esta breve apreciación de la importancia de Wolf para la antropología contemporánea y para señalar por qué existe un extenso e inexplorado potencial en su legado, permítanme brindar un breve ejemplo de una de las innumerables variantes que pueden seguir las antropologías globales del mundo contemporáneo, donde el movimiento, cambio, interconexión y discrepancias de poder son características definitorias más que extensiones secundarias, y en la cual el conocimiento del todo es necesario para poder apreciar sus partes apropiadamente.

En *Europa y la gente sin historia*, Wolf muestra cómo la migración cambió no sólo la faz de la tierra, sino también la composición social de las comunidades. En el contexto de la Revolución industrial, Wolf describe tres olas de migración y las consecuencias intergeneracionales que en la actualidad podemos observar fácilmente: *i)* migraciones locales hacia los nuevos centros industriales, por ejemplo, en Flandes o Lancashire, rara vez superando los 80 kilómetros de distancia; *ii)* migración europea hacia el Nuevo Mundo, desde Nueva Zelanda a Canadá, y *iii)* migración hacia la economía de plantíos tropicales de diversos orígenes: trabajadores del hule del sur de India a Malasia; cortadores de caña del norte de India a Fiji, las Islas Mauricio, Guyana y Trinidad; recolectores italianos de café a Brasil; mercaderes libaneses al Caribe, y así, sucesivamente. De manera

incidental, la proporción global de migrantes era mucho más alta en 1908 de lo que es en 2010, pero a diferencia de la situación contemporánea, gran parte de la migración que ocurrió en *la belle époque* fluyó de norte a sur, de las metrópolis a las colonias.

En la actualidad, la migración tiene diversos caminos y no se clasifica con facilidad. Las fronteras entre categorías estadísticas, como estudiante de intercambio, trabajador migrante, trabajador temporal y refugiado, suelen ser borrosas. En general, las áreas con expansión económica ejercen una atracción gravitacional en la población de áreas que atraviesan un crecimiento de población, un estancamiento económico o agitaciones sociales provocadas por el deterioro de las infraestructuras. No obstante, otros factores sociales, como las políticas de migración, lenguaje, tamaño y localización geográfica, también desempeñan un rol importante. Además, las áreas con expansión económica cambian con frecuencia, sin alterar las principales desigualdades globales del sistema. Territorios que fueron importadores netos de mano de obra en el siglo XIX, como el Caribe colonial, se convirtieron en exportadores netos después de la segunda Guerra Mundial. Por el contrario, territorios europeos que fueron exportadores masivos de mano de obra son, aproximadamente desde el siglo pasado, importadores netos. En Noruega hubo una propuesta parlamentaria en 1947 para prohibir la migración a Australia a fin de evitar una fuga, no tanto de cerebros, sino de mano de obra y cuerpos capaces; en la actualidad, uno de cada 10 noruegos es inmigrante de primera o segunda generación, y la mayoría proviene de fuera de la península europea. En el pasado, los gobiernos europeos intentaban limitar la migración de sus habitantes; en el presente, los gobiernos que los sucedieron intentan limitar la inmigración de extranjeros.

De manera similar, la remesa económica originalmente iba del país metrópoli a la colonia. En la Inglaterra del siglo XIX, un “hombre de remesas” solía ser considerado una “oveja negra”, es decir, una persona de familia acomodada que había caído en desgracia, generalmente por beber en exceso, y que era enviado a alguna avanzada del Imperio británico para llevar ahí un vida modesta como el receptor de las remesas enviadas desde la metrópoli. En la actualidad, los que se van del hogar son quienes transfieren las remesas a aquellos que se quedaron, desde regiones más ricas a regiones más pobres.

El hecho de que el valor de las remesas migrantes haya crecido, y continúe haciéndolo rápidamente en décadas recientes, es un indicio de una interconexión global creciente. Se estima que las remesas de migrantes en los Estados Unidos se han sextuplicado entre 1981 y 2003 (CBO, 2005), y que para principios del siglo XXI habrán sobrepasado el total de la asistencia de desarrollo del gobierno estadounidense. Los últimos cálculos sugieren que el valor global total de las remesas enviadas al extranjero por migrantes se encuentra entre 250 000 millones y 400 000 millones, en cualquier caso, una cifra mucho mayor a la que los países ricos brindan a los países pobres como asistencia para desarrollo. En algunos países pobres, las remesas formales constituyen una parte sustancial de la economía nacional.

En la investigación académica, las remesas transnacionales se han estudiado extensamente dentro del marco de la teoría del desarrollo. Hasta ahora, pocos han estudiado las remesas dentro de la totalidad de su contexto cultural y social. Esto debe ser un descuido, ya que las remesas prácticamente rebosan de significado cultural y reflejan la naturaleza de relaciones sociales significativas de maneras bastante certeras. No es difícil observar que un mayor énfasis en los aspectos morales, dadivosos y

estructurales sociales de las remesas ayudaría a la antropología de la globalización a constituirse como una forma distintiva de análisis social.

La confianza y la obligación moral son condiciones necesarias para el funcionamiento eficiente de las remesas, las cuales continúan vigentes durante años, y hasta décadas, después de la partida del individuo migrante. En algunos países de África Occidental, las familias y sus miembros pueden recibir “formularios de pedido que pueden ser intercambiados por bienes con proveedores locales. Los migrantes hacen el pago directo a los proveedores” (Azam y Gubert, 2006: 446). Con las transferencias informales de dinero (es decir, transacciones fuera del sistema bancario establecido), la confianza interpersonal es más importante comparada con los casos de transferencias formales; con frecuencia hay intermediarios involucrados y el dinero se transporta físicamente como moneda oficial.

El sistema de remesas puede tener enormes consecuencias en la organización social, tanto del país emisor como del país receptor. Frecuentemente (y éste ha sido el caso en el Caribe y el sur de África durante décadas), los hogares del país de emigración tienden a volverse matrifocales, o a ser encabezados por mujeres, debido a que los hombres trabajan en el extranjero. A su vez, en el país de inmigración suele haber una escasez de mujeres y muchos hogares están conformados exclusivamente por varones. Además, la estructura local de las relaciones de clase y poder también puede modificarse de manera significativa a razón de la distribución desigual de remesas. Familias en Kerala con dos o tres miembros que trabajan en la región del Golfo pueden dar saltos repentinos en la escalera local de consumo y respeto (Wilhite, 2008), lo cual produce un reacomodo a largo plazo en las jerarquías de castas locales.

Al igual que la mayoría de los regalos en apariencia voluntarios, la remesa es generalmente obligatoria, pero el grado de obligación puede variar desde mínimo a imperativo. Un tamil en Europa puede decidir si manda o no dinero a sus abuelos para el festival de Diwali en Sri Lanka, pero si tu familia ha recurrido al préstamo de algún prestamista local para mandarte a Europa, y se enfrentan al prospecto de perder todos sus bienes si no pagan el préstamo, realmente no existe una decisión que tomar.

Por lo general, la importancia de las remesas está relacionada con el nivel de pobreza de un país: representan el 24.2% del PIB en Haití, el 16.6% en Guyana y el 12.2% en Jamaica (Nurse, 2004), pero constituyen una cantidad casi insignificante en el relativamente próspero Estado de Trinidad y Tobago. No obstante, sin importar qué tan pobres sean los beneficiarios de las remesas, una parte de ellas se invierte en tierras, ganado o pequeñas empresas. Se ha sugerido que cada dólar enviado a las Filipinas conduce a tres dólares en crecimiento local, ya sea por medio de inversiones o del aumento en la demanda local. Dentro del análisis de desarrollo y remesas, este “efecto multiplicador” tiene como contrapeso el incremento en dependencia, fuga de cerebros y disminución en las iniciativas de producción de trabajos locales.

Una antropología global de remesas migrantes, de la cual brevemente he bosquejado algunas dimensiones, es tan sólo una de las muchas líneas de investigación posibles que traerían el proyecto analítico de Wolf a la era contemporánea. Las remesas dirigen la atención hacia las relaciones entre cultura y poder, la economía formal y el sector informal, la agencia instrumental y el apego emocional, la desigualdad en el sistema global y los procesos de cambio cultural. Esta línea de investigación abrevaría de los métodos de Wolf para combatir las tendencias de la miopía profesional en la antropología. Wolf

demuestra que prestar atención a los procesos históricos de gran escala no conlleva una falta de interés por el presente, y que un agudo interés por procesos globales y transnacionales no excluye una devoción equivalente a las circunstancias locales. Éstas son algunas de las cosas que Wolf nos ha enseñado, y en esta era volátil, conflictiva, pero también globalmente integrada, en la cual las potencias de la homogeneización son contrarrestadas por fuerzas equiparables de heterogeneización, necesitamos de su perspectiva aun más que cuando *Europa y la gente sin historia* fue escrito a principios de la década de los ochenta.

THOMAS HYLLAND ERIKSEN  
Oslo, 8 de marzo de 2010

#### BIBLIOGRAFÍA

- Abbink, Jan, y Hans Vermeulen (eds.) (1992), *History and Culture: Essays on the Work of Eric Wolf*, Spinhuis, Ámsterdam.
- Anderson, Benedict (2005), *Under Three Flags: Anarchism and the Anti-Colonial Imagination*, Verso, Londres.
- Azam, Jean-Paul, y Flore Gubert (2006), "Migrants' Remittances and the Household in Africa: A Review on Evidence". *Journal of African Economics* 15, 2: 426-462.
- Clifford, James, y George E. Marcus (eds.) (1986), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, University of California Press, Berkeley.
- Congressional Budget Office (CBO) (2005), "Remittances: International Payment by Migrants". Congress of the United States. Mayo.
- Davis, Mike (2006), *Planet of Slums*, Verso, Londres.
- Eriksen, Thomas Hylland (2007), *Globalization: The Key Concepts*, Berg, Oxford.

- Geertz, Clifford (1973), *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Basic Books, Nueva York.
- Hannerz, Ulf (1992), *Cultural Complexity: Studies in the Social Organization of Meaning*, Columbia University Press, Nueva York.
- Hobsbawm, Eric (1987), *The Age of Empire: 1875-1914*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
- (1994), *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1917-1991*, Michael Joseph, Londres.
- Krohn-Hansen, Christian, y Knut Nustad (eds.) (2005), *State Formation: Anthropological Perspectives*, Pluto, Londres.
- Mintz, Sidney (1998), "The Localization of Anthropological Practice: From Areas Studies to Transnationalism". *Critique of Anthropology* 18, 2: 117-133.
- Nurse, Keith (2004), "Diaspora, Migration and Development in the Americas". *Internationale Politikund Gesellschaft* 2: 107-126.
- Schneider, Jane, y Rayna Rapp (eds.) (1995), *Articulating Hidden Histories: Exploring the Influence of Eric R. Wolf*, University of California Press, Berkeley.
- Scholte, Bob (1986), "The Charmed Circle of Geertz' Hermeneutics: A Neo-Marxist Critique". *Critique of Anthropology* 6: 5-15.
- Trouillot, Michel-Rolph (2003), *Global Transformations: Anthropology and the Modern World*, Palgrave Macmillan, Basingstoke.
- Wallace, Anthony F. C. (1961), *Culture and Personality*, Random House, Nueva York.
- Wallerstein, Immanuel (1974-1979), *The Modern World System*, vols. 1-3, Academic Press, Nueva York.
- Wilhite, Harold (2008), *Consumption and Transformation of Everyday Life*, Palgrave Macmillan, Basingstoke.
- Wolf, Eric R. (1956), "Aspects of Group Relations in a Complex Society: Mexico". *American Anthropologist* 58: 1065-1078.
- (1966), *Peasants*, Prentice-Hall, Nueva Jersey.

——— (1999), *Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis*, University of California Press, Berkeley.

Wolf, Eric. R., y Sydel Silverman (2001), *Pathways of Power. Building an Anthropology of the Modern World*, University of California Press, Berkeley.

## PREFACIO (1997)

Han pasado 15 años desde que este libro vio la luz por primera vez. Parece entonces oportuno reflexionar sobre lo que se propuso hacer y cómo fue entendido por sus lectores. Este nuevo prefacio también me brinda la ocasión para aclarar algunas cuestiones planteadas por los comentaristas, tanto amistosos como críticos.

Escribí el libro como antropólogo, pero también recurrí a la historia y a las ciencias sociales. Traté de ser histórico al considerar el desenvolvimiento de las estructuras y de los patrones a lo largo del tiempo. Intenté, asimismo, relacionar los descubrimientos de la antropología con perspectivas de una economía política con orientación histórica, haciendo hincapié en este último aspecto, el histórico. La expresión *economía política*, habitualmente definida como el estudio de las formas donde los recursos se ponen a disposición de la sociedad y el Estado, tiende a confundir dos tipos de investigación. Una trabaja con técnicas derivadas de la economía de mercado para evaluar la política fiscal del Estado. La otra, a la que me adhiero, estudia las sociedades, los Estados y los mercados como fenómenos de evolución histórica y, por lo tanto, pone en entredicho las concepciones que sostienen que estos dispositivos específicos de la experiencia capitalista pueden generalizarse a todos los tiempos y lugares. Debemos recordar que Karl Marx puso a *El capital* el subtítulo "Crítica de la economía política"; de modo que utilizó la expresión *economía política* para designar las investigaciones de los fundamentos económicos de diferentes formas de gobierno y sociedades en sus trayectorias cambiantes.

Apelé tanto a la historia como a la economía política con el fin de situar a los pueblos estudiados por la antropología en los campos de fuerza más amplios que generan los sistemas de poder ejercidos sobre el trabajo social. Estos sistemas no son atemporales: se desarrollan y cambian. Es importante, en consecuencia, entender cómo se desenvuelven y extienden su campo de acción sobre la gente, tanto en el tiempo como en el espacio. Aunque escribí como antropólogo y no como historiador profesional, creo que la historia cuenta. También es importante comprender cómo y por qué estos sistemas se desarrollan y amplían su influjo sobre la gente; por ello, situé su lógica en las formas en que se sostienen y movilizan uno al otro el poder y la economía. Si bien no soy economista, creo que la comprensión de una economía política históricamente fundada es imperativa para entender las estructuras que determinan y circunscriben la vida de los individuos. En contra de la opinión de que esto no nos dice mucho sobre “la gente real que hace cosas reales”, me parece que tiene mucho que ver precisamente con eso. Tal vez todo sea “castillos en el aire al morir”, pero la forma en que esos castillos se construyen sobre el terreno tiene una considerable pertinencia existencial.

El título de este libro planteaba una dificultad inicial para la presentación de su problemática. La expresión “la gente sin historia” no me pertenece: se remonta al siglo XIX. Marx y Engels la utilizaron para señalar su falta de simpatía por algunos movimientos nacionales separatistas de Europa oriental. Mi pretensión era ser irónico, pero algunos lectores no lo advirtieron. Lo que me proponía era cuestionar a quienes creen que los europeos fueron los únicos que hicieron historia. Tomé el año 1400 d. C. como fecha inicial de la presentación, precisamente porque esperaba que quedara claro que en todas partes la expansión europea tropezó con sociedades y culturas humanas caracterizadas

por prolongadas y complejas historias. Sostuve que esos desarrollos no estaban aislados entre sí, sino entrelazados, y que esta interconexión también era válida para el mundo construido por Europa. La historia de la expansión europea se entreteje con las historias de los pueblos que englobó, y éstas a su vez se articulan con la historia de Europa. Como gran parte de esta historia implicó el surgimiento y la difusión del capitalismo, el término *Europa* también puede leerse como designación sintética del crecimiento de ese modo de producción, que se incubó en la península europea de la gran masa euroasiática y luego expandió su influencia en círculos cada vez más amplios a todos los continentes.

Mi objetivo al escribir este libro no era presentar una exposición de la historia mundial que abarcara todo el planeta ni desarrollar una historia de la expansión capitalista como tal. La idea era mostrar que las sociedades y las culturas humanas no podrán comprenderse verdaderamente mientras no aprendamos a visualizarlas en sus interrelaciones e interdependencias mutuas, en el tiempo y el espacio.

Afirmé esta idea por razones pragmáticas, no porque crea que, en última instancia, en el mundo todo está conectado con todo. La concepción que se ha denominado *funcionalismo* en las ciencias sociales sigue siendo metodológicamente útil, en especial cuando examinamos conexiones internas que no son manifiestas y evidentes. Al mismo tiempo, es necesario que recordemos constantemente que los elementos de cualquier configuración rara vez son estables e incluso es improbable que vuelvan alguna vez a un estado original de equilibrio. En las configuraciones sociales, las conexiones están señaladas por líneas de tensión, contradicción y fractura, y expuestas a las presiones generadas en los campos más amplios de interacción que las rodean. Las sociedades y las culturas siempre formaron parte de sistemas más grandes. Esto fue así antes del surgimiento del capitalismo y más aún

a medida que el modo capitalista de producción colonizaba más y más espacios de vida social y cultural en todo el globo. Es un lugar común decir que esta expansión ha provocado en todas partes cambios significativos en los dispositivos sociales y culturales de los pueblos, pero sigue pendiente una tarea fundamental: conceptualizar y expandir tanto las causas de la expansión como la naturaleza de sus efectos.

Para caracterizar estas interdependencias y sus consecuencias, tomé del *stock* de conceptos útiles de Karl Marx el de *modo de producción*. Como lo explico en el texto, considero que esa idea es analíticamente provechosa e intelectualmente productiva. Su insistencia en la forma en que una sociedad moviliza el trabajo social concentra la atención, a la vez, en las relaciones humanas con el medio ambiente natural, las relaciones sociales de los seres humanos entre sí, las estructuras del Estado y la sociedad que guían esas relaciones, y las ideas mediante las cuales éstas se transmiten. El uso de esos conceptos sinópticos relacionales es uno de los puntos fuertes de importancia de la tradición marxiana.

Reconozco sin excusas mi deuda con el pensamiento marxiano. En la actualidad existe la tentación de arrojar este cuerpo de ideas al montón de chatarra de la historia intelectual, como parte de los restos inutilizables del naufragio de los sistemas socialistas “realmente existentes” que se derrumbaron a finales de la década de 1980. Es necesario que recordemos que la tradición marxiana abarcaba muchas variantes de pensamiento y políticas, algunas de las cuales son intelectualmente más ricas que las ortodoxias que predominaban en el campo político. Utilizo deliberadamente el término *marxiano* para referirme a las variantes de la tradición, en contraste con el término *marxista* que ha llegado a señalar un tipo específico de política. Nuestro mundo intelectual y político se empobrecería enormemente si no pudiéramos recurrir a